

con un encarnizamiento que espanta. Se ha querido inspirarle el desprecio á esas virtudes austeras que fueron en otros tiempos el honor y la gloria de la humanidad; se le ha predicado el culto de lo útil y parece haberse perdido toda noción de la verdadera grandeza. En política, los cargos y las dignidades son objeto de un asalto continuo en el cual los combatientes no hacen mas que cambiar de táctica y de papel. En industria y en literatura los excesos han traspasado todos los límites; el desprecio de toda medida y de toda regla ha conducido directamente á la depravacion y al caos: la antigua moralidad ha desaparecido y no se sabria decir adónde está la nueva. En lugar de aquella sencilla y sana lógica que gobernaba no há mucho á las generaciones, se tienen ahora cátedras para todas las locuras y oyentes para todas las monstruosidades. El vértigo está en las cabezas, la duda anida en las almas; no se sabe qué creer ni qué proscribir; si nada se ha fundado, en cambio todo se ha conmovido; diríase que la sociedad reniega de sí misma, que se complace en las ruinas, y que presta sus manos para su propia destruccion!"<sup>1</sup>

He ahí cuál ha sido la obra del espíritu libre que se habia prometido orgullosamente reparar el edificio moral, cuya destruccion habia causado. Una vez todavía, á pesar de todos sus esfuerzos, él se ha estrellado, como la naturaleza de su principio le hará estrellarse siempre, en la anarquía mas completa. Espantado á la vista de este triste espectáculo, M. Reybaud, sin ser católico de espíritu, se ve casi conducido lógicamente á la fórmula católica: "*Autoridad sobre el hombre en el orden moral; libertad para el hombre en todo lo demas!*"<sup>2</sup>

¿Pero dónde tomaréis la autoridad moral? ¿Está en la mano de los soberanos, de los herejes ó de los filósofos? ¿Se siente vuestra conciencia obligada á obedecer á Enrique VIII, á Lutero, á Babeuf ó á Fourrier? ¿Quién nos mandará, pues,

<sup>1</sup> *Estudio sobre las Reformas modernas*, tom. I, pág. 273.

<sup>2</sup> *Idem*, tom. I, pág. 290.

en el orden moral. . . .? La Iglesia católica ó nadie. Solo ella posee los títulos del dominio de las almas; solo ella ha probado que sabe dirigir infaliblemente las voluntades: fuera de ella no hay sociedad moral, y sin sociedad moral no hay salvacion para la humanidad. El catolicismo únicamente sabrá inspirar bastante fé para domar las pasiones, bastante esperanza para ennoblecer las almas, bastante caridad para vencer el egoismo, y consolar todas las miserias y todos los dolores. Hace mucho tiempo que el Apóstol lo ha proclamado á la faz del mundo: "No encontraréis en otra parte la salud; *non est in alio aliquo salus.*"<sup>1</sup>

## CAPITULO XXXIX.

### Lo que ha venido a ser la humanidad fuera del reino de la Cruz.

Desarrollad delante de vos la carta del mundo y echad sobre ella una atenta mirada. Ved cómo los hijos de Adán se han multiplicado y esparcido sobre la tierra que Dios les ha dado, y cómo se han distribuido los continentes y las islas; pero considerad cuál es la diferencia de los destinos que se han formado. Los unos gozan de todos los beneficios de la civilizacion, los otros vegetan en la barbarie, ó se encenagan en el estado salvaje. No seria, sin embargo, bastante el haber confirmado este hecho si no se inquiere la causa. Pero donde quiera que se percibe una cruz se puede decir con seguridad, que al abrigo de este signo tutelar los pueblos se desarrollan, se perfeccionan y marchan de progreso en progreso: progreso en las artes, progreso en las ciencias y progreso,

<sup>1</sup> *Actas de los Apóstoles*, cap. 4.

sobre todo, en las ideas morales: así como donde la cruz no ha podido penetrar todavía, donde no ha sido recibida, ó donde tal vez ha sido arrancada despues de haberse plantado, los desgraciados hijos de Adan han quedado como envueltos en las fajas de la infancia, ó mas bien, en la mortaja de la decrepitud: semejantes á esas momias de Egipto, duermen tristemente á la sombra de la muerte, y no pueden romper esas vendas funerarias que las ciñen hace siglos.

Hay quienes creen que el hombre puede, por sus propias fuerzas, y haciendo abstraccion de toda revelacion, elevarse á la altura de la perfeccion humana; si ellos no recuerdan á qué estado de degradacion llegó la antigüedad á medida que olvidó los dogmas de la revelacion primitiva, que establezcan en su espíritu una comparacion entre los pueblos formados en la escuela de la revelacion cristiana y los que todavía no han sido alumbrados por su luz ó que se han dejado arrebatarse la antorcha; entonces podrán conocer fácilmente lo que puede la razon humana aislada de la razon divina y tocarán con el dedo los inmensos beneficios que nos ha hecho el Evangelio.

¿Cuál es, en efecto, el espectáculo que se ofrece á nuestros ojos fuera de esas comarcas que él ha vivificado? En el fondo de sus bosques y de sus vastos desiertos el salvaje continúa errando como los animales montaraces, comiendo á sus enemigos y prosternándose ante toscos y ridículos ídolos. El tiempo no ha obrado allí nada: estos hombres que se encuentran así desde hace siglos no han imaginado todavía echar las bases de un contrato social. Ellos han perdido el hilo de las tradiciones primitivas; y la razon, tan arrogante cuando les tiende su mano, no ha podido volvérselos, ni hacerles salir del laberinto de embrutecimiento en que se han encerrado.

Pero dejemos los aduares de los salvajes y trasportémonos en medio de las innumerables poblaciones del Asia. Aun cuando ellas hayan conservado una apariencia de vida social, aun cuando se hayan mantenido en relaciones con los pue-

blos cristianos, no dejaremos por eso de notar cuánto han perdido en no haber sido esclarecidas en la verdadera fé. La India, que fué la cuna de la primera civilizacion, se haya como petrificada en la mole inmutable de sus castas. Las supersticiones del budhaismo y del brahmmanismo, rodean su cabeza de nubes siniestras y tenebrosas; todo su cuerpo se sumerge en las aguas estancadas y cenagosas del panteismo y del fatalismo. Ella tributa todavía piadosos homenajes al buey ó al elefante blanco; venera las estrañas reliquias del Dalaï-Lama; cree en las metempsícosis y en absurdas teogonías: allí reinan la poligamia, la esclavitud y una horrible disolucion de costumbres que la religion índica, no procura ni aun siquiera reprimir. Sus mujeres se queman sobre la tumba de sus esposos; sus fanáticos se hacen aplastar bajo las ruedas sagradas del carro de Djaggernath, y sus brachamanes se someten á horribles torturas.

¿Qué hay mas allá de esa gran muralla detras de la cual se oculta al resto del mundo una misteriosa nacion? La filosofia incrédula del último siglo habia imaginado, con el designio de oscurecer la gloria civilizadora del cristianismo, un ideal de civilizacion tan perfecto, que traia á la memoria los bellos dias de la edad de oro; pero esta brillante ilusion no tardó en desvanecerse ante los tristes desengaños de la realidad. Lejos de encontrarse en ese gran parque de hombres un pueblo-modelo, no se han encontrado mas que criaturas cobardes y corrompidas, incapaces de comprender la humanidad y de asociarse á su vida. ¿Qué aspecto han mostrado últimamente ante algunos artilleros europeos esos chinos tan vanidosos y que desde hace mucho tiempo, se dice, habian inventado la pólvora? ¿Dónde está su marina, aunque ellos hayan conocido la brújula antes que nosotros? ¿Cuáles son los progresos que han hecho en las artes y en las ciencias durante los largos siglos de su existencia? ¿Dónde están sus obras maestras de escultura, de pintura y de música? Ellos no tienen idea alguna de la perspectiva, y no saben aun po-

ner las sombras en un cuadro. ¿A qué grado han llegado sus conocimientos en historia, en geografía, en matemáticas, en física, en química y en astronomía? Apenas poseen los primeros elementos de estas ciencias. Su agricultura tan ponderada, es rutinera; su industria es inmensamente inferior á la de Europa, y no sobresalen sino en baratijas y bujerías. En religion, son idólatras, panteistas ó ateos: sus costumbres son las costumbres depravadas de los paganos. Nada es mas frecuente entre ellos que el infanticidio, si no es que antes se ha producido el aborto. El hombre sufre todavía allí el yugo horrible é ignominioso de la esclavitud; la mujer no ha recobrado la dignidad de esposa única; una costumbre bárbara las obliga á veces á mutilarse los piés para disminuir las inquietudes celosas de su esposo y amo.

A pesar de sus preocupaciones filosóficas, Voltaire no ha podido menos de proclamar la superioridad manifiesta de las naciones cristianas del Occidente comparadas con las naciones paganas del Oriente. "Los países, dice, donde el Bramante y Miguel Angel han construido á San Pedro de Roma, donde Rafael ha pintado, donde Newton ha calculado el infinito, donde Leibnitz participó de esta gloria, donde *Cinna* y *Atalia* se han escrito, son sin duda los primeros países de la tierra. Los pueblos orientales, á pesar de su antigüedad y de lo que la naturaleza ha hecho por ellos se hallan actualmente en la infancia ó en la barbarie en materia de bellas artes."<sup>1</sup>

Volvamos ahora nuestras miradas hácia aquellos pueblos mas cercanos á nosotros y cuyo legislador, posterior seis siglos á Jesucristo, ha podido inspirarse, y en efecto, ha estado muchas veces inspirado del Evangelio. A las puertas de la Europa, sobre las riberas del Bósforo, y á lo largo de las costas del Mediterráneo, se elevan imperios, reinos y regencias, que en otro tiempo fueron Estados cristianos y civilizados. Pero la cruz ha desaparecido de aquellas regiones, para de-

<sup>1</sup> *Enciclopedia*, en la palabra *Japon*.

jarle el lugar á la media luna. ¿Y qué ha resultado? Que la cruz se ha llevado consigo los secretos de la civilizacion y que la media luna ha arrastrado en pos de sí una incurable barbarie. Las ciencias, la industria, las bellas artes, todo ha desaparecido, todo ha muerto bajo la nueva influencia; y esta tierra, antes tan hermosa, ha tomado un aspecto salvaje. Los pueblos que aplaudian la elocuencia de los Agustines y de los Crisóstomos se han convertido en turcos y beduinos. Desnaturalizado su espíritu y su corazón por los dogmas y los preceptos de una religion bastarda, adoran á Dios y creen en el fatalismo; hablan de caridad y son crueles; ejercen la hospitalidad bajo su techo, y matan sin escrúpulo á su huésped, luego que ha pasado el umbral de su puerta: soportan rigurosas abstinencias y se abandonan á indignos deleites. En el siglo diez y nueve, á la faz de las naciones civilizadas, se les ve todavía reducir á sus semejantes al mas completo envilecimiento: ellos dan el espectáculo horrible de esos mercados en que se trafica con el hombre cual si fuese animal ó mueble, y esos vergonzosos harenes en que se encierran rebaños de mujeres para esperar la hora de los caprichos lúbricos de un sultan. En vano vienen á pedir á los pueblos cristianos la limosna de algunos harapos de sus artes ó de sus ciencias; heridos de incapacidad moral no se libertarán de la barbarie si no estirpan hasta en sus últimas raíces el mal que los devora, y acabarán de disecarse como una charca impura, hasta que la Europa impaciente los arroje á sus primitivas soledades, y restablezca la cruz en estas regiones que ellos han agostado, para vivificarlas de nuevo.

Tal es el estado en lo general que guardan los pueblos que han vivido separados de la sociedad moral evangélica. Las consecuencias que se pueden deducir, son un alto y brillante testimonio de la virtud redentora de la cruz. "¡Hecho increíble y que es, sin embargo, de una evidencia irresistible!" dice con este motivo el P. Lacordaire; "Aténas y Roma antes de Jesucristo habian llegado á la civilizacion, es verdad,

pero desde que el derecho del Evangelio ha sido promulgado, el pueblo que no lo ha reconocido ha permanecido con respecto á los pueblos cristianos en un estado de inferioridad que inspira todavía mas desprecio que lástima: y es que antes de Jesucristo el derecho universal y perfecto no existía para nadie; los pueblos estaban todos, bajo este respecto, bajo un pié de igualdad: era, pues, posible en este estado de miseria comun que un legislador, sostenido por circunstancias que le favoreciesen de raza, de tiempo y de clima, y sobre todo, por una secreta proteccion de la Providencia, elebase á una nacion á cierto grado de cultura y de rectitud de costumbres: pero hoy, que el Evangelio ha aparecido, que el fanal de la perfeccion brilla á los ojos de todos, el pueblo que lo rechaza está necesariamente condenado á relaciones de un órden inferior que no le permiten sostener la comparacion, y que le hacen vegetar, si se obstina en su ceguedad, en una invencible y vergonzosa barbarie."

## CAPITULO XL.

### Destinos futuros del reino de la Cruz.

Parecerá tal vez temerario el querer sondear lo que la noche de los tiempos encierra en sus profundidades, y el seguir en ellas hasta la consumacion de los siglos los destinos de este reino de la cruz que no se ha desarrollado sino en medio de las luchas, de los combates, de las mas terribles peripecias, y que parece apenas á cubierto de la terrible tempestad á la cual no ha escapado sino por milagro. Sin duda que la vista del hombre es demasiado débil para penetrar los ve-

los del tiempo; pero á los ojos de Dios el tiempo no tiene velos; el mas lejano porvenir es para Él lo mismo que el presente. Así, pues, para afirmar nuestra fé, para asegurar á la humanidad en sus esperanzas de regeneracion, se ha dignado revelarle por la boca de su Hijo, y la de sus santos profetas algunos de los secretos de su divina presciencia sobre la marcha, el objeto y el término de la grande obra de la redencion. Dirigidos por el hilo profético, podremos traspasar los lindes del espacio y del tiempo, y delinear con anchos rasgos el cuadro de las realidades que no vemos todavía, pero de las cuales la Iglesia guarda en sí misma el precioso gérmen.

Es un hecho primeramente, hecho capital y dominante que se encuentra consignado en cada página de los libros santos, que la sociedad moral fundada por Jesucristo, está á prueba de todas las catástrofes, y que no perecerá jamas. Ella será el blanco de los tiros de numerosos y terribles enemigos; y no marchará á traves de los siglos sino entregada á perpetuos combates; pero nada podrá abatirla; por el contrario, vencerá y hará caer á sus piés á todos sus adversarios y levantará orgullosa la cabeza despues de haber bebido en el agua del torrente. "Tened confianza, decia Jesucristo á sus apóstoles; yo he vencido al mundo y las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia." Así es cómo los cristianos han estado siempre llenos de una completa seguridad: de siglo en siglo no han cesado de repetir que la Iglesia no perecerá mas. Hoy mismo, despues de mil ochocientos años, lo repetimos con la misma certidumbre, y los que vengan despues lo repetirán á su vez, y admirarán, como nosotros, el cumplimiento milagroso de los divinos oráculos.

La Iglesia, sin embargo, no debe permanecer y resistir como una masa inerte, como un cadáver que los perfumes preservan de la corrupcion y de los gusanos, como esas sociedades del Oriente inmóviles y petrificadas; ella por el contrario, debe subsistir obrando, engrandeciéndose tal como el árbol á quien el Hijo de Dios la ha comparado, que grano